

10.3
24
C. 2

educación

Sumario:

INFORMACIÓN PEDAGÓGICA. — Pedagogía fundamental: El conocimiento de la individualidad por Jonas Cohn (página 321).

INFORMACIÓN PSICOLÓGICA. — Dos libros de niños por Ana María Ripullone (página 337).

INFORMACIÓN METODOLÓGICA. — Estudio de los animales por Eduardo Gardner Howe (página 354).

EDUCADORES COSTARRICENSES. — Omar Dengo por José B. Acuña (pág. 372).

VIDA ESCOLAR. — Investigaciones con referencia a los escolares costarricenses por Ricardo Pérez Cabrera (pág. 377).

PARA RECITAR. — La abuelita por Rosario Sansores (página 384).

60

€ 0.25

Noviembre, 1938
San José, Costa Rica

Imp. Española

educación

Organo de la Asociación de Inspectores
y de Visitadores Escolares de Costa Rica

No. 60

* Décimo Tomo *

Novbre. 1938

INFORMACIÓN PEDAGÓGICA

P E D A G O G Í A F U N D A M E N T A L

El conocimiento de la individualidad.—Ha constituido un objeto de repetidos ensayos el elevar a ciencia el conocimiento de la individualidad humana que todo individuo posee en mayor o menor grado, pero jamás estos ensayos han sido realizados con tal esfuerzo lógico y conciencia metódica como en la actualidad. A pesar de esto, hasta ahora sólo se han logrado conocimientos seguros de manera aislada y fragmentaria. El educador se ve frente a esfuerzos de índole muy variada, de los que espera apoyo, y los que no obstante le decepcionan fácilmente por sus resultados aislados y sin comprobar todavía. Surgían dudas sobre si podía siquiera acelerarse el ritmo, o si quizás las descripciones artísticas e históricas proporcionaban realmente aquello que necesitaba el educador. Será necesario examinar bajo estas circunstancias las distintas maneras del conocimiento de la individualidad humana partiendo para ello del conocimiento extracientífico. La denominación *extracientífica* no ha de disminuir la importancia de este conocimiento. En lugar de estas expresiones, más bien negativas, podríamos usar la positiva *de un conocimiento unido e inherente a la vida*,

Este conocimiento unido a la vida se dirige a

mí mismo o a otros. En ambos casos puede aquél evidenciarse inmediatamente por el examen de sí mismo o por el trato con otros; puede lograrse mediatamente por la observación de los actos y la conducta. Este conocimiento mediato conduce a través de continuas transiciones a la ciencia propiamente dicha. Por muy estrechamente unidas que estén estas cuatro modalidades de conocimientos, es necesario clasificarlas, no obstante, conceptualmente, para poder darse cuenta, en cada caso, de la participación de cada una.

Conocimiento inmediato de mí mismo.—Si en mis ensueños o fantasías intencionadamente previsoras me coloco en distintas situaciones, y si como corresponde a nuestro amor propio, me figuro estar en condiciones de hacerles frente o superarlas, entonces quizás me diga una crítica someramente admonitiva que este comportamiento deseado y soñado no sería, en realidad, el que yo adoptara. Con mayor claridad nos habla la voz interior en aquellos casos en que tenemos que decidirnos en favor o en contra de determinada modalidad de acción o de conducta. Nos dice que es adecuado o inadecuado para nosotros el aprovechamiento de esta ocasión, el utilizarla o esperarla. Tenemos que distinguir la conciencia de este *demonio*, pues enjuicia la relación de la acción con mi ser, mientras que la conciencia mide la acción por lo que hubiéramos tenido que hacer. Pero este elemento demoníaco se combina con la conciencia en cuanto revela el momento individual del deber. También puede suceder que la respuesta de la voz interior misma dependa del juicio de la conciencia; así soy, pero no debiera ser así. En tal caso, el entendimiento puede llegar a ser un estímulo para la autoeducación o me puede dar por desahuciado. De este dilema hay que separar y asignar al elemento demoníaco mismo otro dilema, sobre si el instinto o la repugnancia de una clase determi-

nada nacen en mí mismo, de mi naturaleza o por incitación ajena, por imitación o sugestión exteriores. En su aparición fenoménica todos estos juicios son inmediatos. Remontando a sus orígenes, se reconoce en muchos casos que son transmitidos genéticamente y constituyen, por decirlo así, el resultado de las experiencias que yo he hecho conmigo mismo. En cuanto se trata de una comprobación de la cuestión de si no he incurrido en error al formar un concepto sobre mí mismo, se consultará estas experiencias conscientemente. Procediendo de esta manera, el inmediato conocimiento de mí mismo se convierte en mediato.

Conocimiento mediato de mí mismo.—La voz interior, que me revela a mí mismo, mide por mí ser una acción o un trabajo proyectados. El conocimiento mediato, en cambio, hace derivar rasgos, medidas y límites permanentes de mi ser, de diferentes acciones, trabajos, modos de conducta. Cada uno se mide por una medida exterior que puede ser objetiva. Yo presto el trabajo necesario o no lo presto, no puedo prestarlo quizás, a pesar de máximos esfuerzos y gran práctica, lo cual sería un obstáculo absoluto al abrazar una profesión. Puesto que en el caso aislado es difícil establecer la potencia del ejercicio aumentado, puesto que además la desconfianza en las propias fuerzas dificulta todo éxito, siendo a menudo la convicción de la propia impotencia el pretexto inconsciente de la pereza, esta medición a base de lo que debía hacerse, ni es segura, ni es aconsejable para el conocimiento de la profesión. Esta medición puede aplicarse con mayor provecho para marcar el grado conseguido y para determinar la manera en que ha de continuarse el trabajo. El grado de mi capacidad me lo demuestra de mejor manera la comparación con otros: a base de igual esfuerzo mi actuación es superior o inferior a la de ellos. Lo mismo sucede con las

particularidades de la vida sentimental o instintiva. Yo me reconozco excitable, si en ciertas ocasiones en que otros no pierden su serenidad llego a excitarme. Si este conocimiento mediato sirve para el control del conocimiento inmediato, y le lleva la ventaja de poder justificar su razón, la voz interior a pesar de esto es a veces superior por su unicidad. Aquel control jamás nos da la seguridad de que sacamos realmente a la luz del día todo aquello que ha determinado nuestro sentimiento inmediato. Puede ser que subsista una resistencia contra el resultado de aquella iluminación y frente a dicha resistencia hemos de plantear la cuestión de si sólo es producto de la desgana de adoptar otra posición o de hacer un nuevo esfuerzo o si en realidad se asienta en la profundidad de nuestro ser. Puesto que el conocimiento mediato de mí mismo necesita de una medida social, está estrechamente vinculado con el conocimiento de los otros.

Conocimiento inmediato de los otros —En el trato con otros me doy cuenta por de pronto, de su posición respecto a mí y de todo aquello que les ofrezco. A edad muy temprana sabe el párvulo distinguir entre cariño e indiferencia, entre broma y veras, entre la acogida y la repulsión. También los primeros juicios sobre hombres, como también sobre animales y cosas sólo generalizan estas experiencias inmediatas. “Bueno” y “malo” son las calificaciones que sirven para todo. Pero de esta estrecha relación conmigo mismo puede desprenderse la experiencia de estados y propiedades extraños. Me intereso por otro, observo si está cansado o no, si está triste o alegre, y también esto se condensa en un juicio sobre su conducta acostumbrada: su aspecto indica si es observador; espía a los demás; es reservado; en su mirada brilla la inteligencia o la estupidéz o apatía; de su carácter emana calor o frialdad. Todos estos juicios pueden presentarse inme-

diatamente. Pero al igual que ocurre en el conocimiento de sí mismo, tampoco aquí la espontaneidad fenoménica prueba nada contra la mediación genética. El estado momentáneo de otro se reconoce por sus movimientos de expresión y por el componente expresivo de sus movimientos espontáneos. Pero en cuanto a esto el observador en muchos casos, para no decir en todos, no tiene conciencia de la peculiaridad del movimiento, sino sólo de aquello que dicho movimiento expresa, al igual que percibimos inmediatamente un objeto como alejado o próximo, sin saber si la lejanía nos indica los sobrecrecimientos, la perspectiva lineal, la aérea, etc., etc. No es extraño que a los movimientos expresivos y a sus huellas consolidadas se agreguen otros varios factores: simples analogías de humor (que, por ejemplo, una epidermis sucia sea de una persona desaseada), experiencias inconscientemente generalizadas como semejanzas con individuos conocidos, así como también con tipos animales, relaciones habituales de partes corporales con los actos que realizan (frente despejada), relaciones causales supuestas (el gordo es calmoso, ya que sólo el individuo calmoso engorda, se hace adiposo). Todo esto se sustrae al conocimiento inmediato. Colaboran ambas maneras del conocimiento inmediato allí donde en seguida me doy cuenta de si puedo llevarme bien con otro, si se me asemeja, si me completa o si su manera de ser es incompatible con la mía. En cuanto yo haya aprendido a conocerme a mí mismo por mediación de otros, es decir, a encararme conmigo mismo objetivamente, tales juicios inmediatos no necesitan de la alabanza o de la reprobación de otros, pueden determinar la elección de mis compañías sin inducirme a injusticias. Pero en el individuo carente de instrucción en tal sentido, estas relaciones se unirán con valoraciones objetivamente injustificadas.

Conocimiento mediato de otros.—Al igual que a

sí mismo se conoce también a los demás mediante sus actos realizados. Necesariamente están vinculados ambos factores en cuanto se establezca una medida social para sí mismo. Por de pronto, enjuiciamos también las actuaciones de los demás a base de las nuestras o de las que quizás erróneamente nos creemos capaces. Esta medida subjetiva se ve reemplazada mediante la experiencia por una medida objetiva. Nos colocamos en el puesto de los demás y nos enjuiciamos a nosotros mismos y a los demás por el promedio. La atención se fija primeramente en la elevación del trabajo prestado, luego en su clase, y más tarde, muy pocas veces, en el procedimiento seguido. Casi siempre produce sorpresa al psicólogo al prestar atención a los métodos de trabajo tan distintos en los diferentes individuos. El conocimiento mediato obedece, por lo común, a intereses prácticos, y es, por tanto, parcial. Para convertirse en el verdadero conocimiento del carácter humano ha de combinarse con la comprensión inmediata de los movimientos expresivos de otro. Ahora bien, también frente a estos movimientos es posible una conducta mediata. Sé, por ejemplo, que alguien es propicio al lloriqueo y a la lamentación excesiva y, por consiguiente, en mi juicio resto una parte considerable de la pena que observo. El conocimiento mediato muestra los defectos de los demás, precisamente porque aspira a comprender sus razones. Estos defectos consisten en la casualidad incomprobada de la medida comparativa, en un análisis insuficiente, en una generalización precipitada. Se trata, por ejemplo, de un análisis insuficiente si de la brusquedad del carácter se deduce en todo caso una conciencia autoritaria de sí mismo, cuando detrás de esa brusquedad puede ocultarse la indecisión interior. Se trata de una generalización errónea si se toma por límite de la capacidad productiva el límite de un trabajo aislado, pues toda actuación y conducta dependen a la par de las

circunstancias especiales del caso. Estos defectos indican la necesidad de un conocimiento científico.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la investigación científica no es en absoluto la única manera con que se desprende y aísla de la vida el conocimiento de la individualidad unida a ella. Por el contrario, hay además *una descripción de la peculiaridad* de individuos determinados, bien sea por el simple interés de este fenómeno especial de lo humano, bien sea en beneficio de la historia. Frecuentemente se ha designado por "poética" tal descripción y, en efecto, es afín a la poesía en cuanto a sus medios. Pero, como exposición poética, no está sujeta a las normas de unidad de la obra de arte, ni a las de la vivencia interior de esta última, sino a las normas de la verdad externa: afecta precisamente a un hombre determinado que ha vivido o vive. Mayor es en este sentido la afinidad con el arte del retrato. A esta forma de exposición preferimos darle el nombre de "descripción", puesto que de esta manera se piensa en el objeto que se describe y porque la comparación con la pintura inherente a esta palabra alude al momento artístico. Ya que está sujeta a la norma de la verdad, la descripción es más importante para el conocimiento de lo individual que la poesía. La exposición puramente poética amplía, es cierto, el horizonte de nuestra fantasía, nos da a conocer las posibilidades existentes y, lo que es más importante, nos capacita para comprender a todo individuo por su carácter, por sus nexos interiores, y no a enjuiciarlo sólo por sus servicios y utilidades. Pero nunca ha de olvidarse que el individuo descrito por el poeta pertenece al mundo cerrado de una obra de arte, que ha de impresionar a los demás y representárselos como unidad, y que las normas en que se inspira toda obra de arte ejercen su influencia sobre la selección y acentuación de los rasgos.

Comparando el conocimiento científico de lo in-

dividual con la descripción, se conocerá de la mejor manera su peculiaridad. La descripción quiere desarrollar en palabras una imagen humana (quizás también de una especie humana), exacta, comprensible y plástica. Frecuentemente ve ya al que ha de describir desde el punto de vista de un interés especial y predominante, que puede ser: su papel en los acontecimientos históricos, su posición respecto al descrito (por ejemplo, en una autobiografía), su trabajo poético o científico, la manifestación de una enfermedad mental determinada en la descripción psicopatológica. Allí donde impera el interés genuino por este fenómeno especial de lo humano, no bastará seguramente una descripción aislada, sino que será entonces una biografía detallada y acompañada de descripciones con perspectivas muy distintas, la que nos llevará a un cuadro cada vez más redondeado y múltiple. En todo caso, se trata de la manera en que se nos presentan sucesivamente los diferentes rasgos; la repetición, el ritmo de la frase, las comparaciones y las imágenes han de servir para vivificar aquéllos. Al igual que el poeta, se usan las voces con toda su riqueza sentimental, con todos los significados secundarios que despiertan. Cada palabra es como una pincelada en un cuadro, todo depende de que dicha pincelada esté en la debida proporción con todas las demás; e igualmente se emplean tesis generales como medio para aclarar las palabras por la semejanza o el contraste. Para la ciencia psicológica, en cambio, aun allí donde tiene por objeto lo individual, son importantes las tesis generales y su aplicación. Aquella reúne a los individuos en grupos de igual tipo, primeramente, según sus cualidades aisladas; luego, según grupos de cualidades o nexos estructurales; plantea la cuestión de cómo se distribuyen estos tipos en edades, generaciones, razas, clases y otros grupos naturales o históricos. La ciencia no quiere sino examinar en su aspecto general las co-

nexiones entre los rasgos característicos y las obras; la descripción, en cambio, quiere hacerlas comprensibles en cada caso. La ciencia se empeña en determinar el grado de certeza con que de un síntoma puede deducirse una cualidad; de un rasgo una vez comprobado, su repetición; de un signo característico, otro signo frecuentemente relacionado con el primero; la descripción da nexos tal como se presentan en cada caso, satisfecha si el lector los siente como estrechamente unidos. La ciencia ha de comprobar, por consiguiente, lo más posible, numéricamente, el grado en que está justificada una generalización, lo cual resulta superfluo en la descripción. Todas estas diferencias proceden de la diferencia fundamental del objetivo; en la ciencia se necesitan conexiones generales, tesis claras, perfectamente conocidas según su grado de probabilidad, mientras que la descripción implica una exposición viva y veraz de lo particular. Este contraste no excluye de ninguna manera la mutua influenciación; el descriptor podrá servirse más bien de los tipos formados por la ciencia, de las relaciones conocidas, aprovechando, a la inversa, la ciencia psicológica las descripciones como material y guía para el descubrimiento de nuevas conexiones.

Entre las cuatro clases del conocimiento precientífico el conocimiento inmediato de sí mismo no ofrece ningún punto de contacto para la investigación científica, pero sí un indispensable medio auxiliar para la comprensión y el entendimiento. El conocimiento mediato de sí mismo facilita material que habría de recopilarse en mayor medida de lo que se ha hecho hasta ahora; el conocimiento mediato del extraño muestra, como queda dicho, transiciones a la ciencia. La formación de tipos y la clasificación necesitan solamente de la exactitud conceptual y calculadora para convertirse en procedimientos científicos. Es necesario librar, ante todo, a la ciencia de medidas de valoración exterior-

res para el individuo a quien hay que reconocer. Se desarrollan métodos especiales de examen y comparación y se introduce el experimento y el cálculo matemático de la correlación de propiedades. Todo esto, por mucho que se haya hecho en detalle, está todavía en sus comienzos. Hoy no se puede facilitar al lego en la materia el acceso a ello por la mera recapitulación de resultados, sino sólo por la introducción en la investigación. También parte la ciencia del conocimiento inmediato de la individualidad ajena. La comprensión de los movimientos expresivos se sintetiza en tesis determinadas; la interpretación de la fisonomía es analizada y se examina la justificación de cada elemento, agregándose el valor expresivo de los productos, de los cuales hasta ahora sólo ha sido sometido a examen detenido la escritura (en la grafología). Se ha logrado hasta la fecha cierta comprensión de las relaciones a base del principio de los rasgos fisionómicos han de derivarse de los rasgos mímicos y también una más exacta aunque no suficientemente segura sintomatología de la interpretación de la escritura. El ritmo del conocimiento extracientífico siempre quedará indispensable para la ciencia. Son especialmente instructivos los casos patológicos que muestran las diferencias en forma ampliada.

Puesto que el conocimiento al parecer inmediato y natural, por lo menos genéticamente, representa en gran parte el resultado de experiencias transmitidas, su exactitud, como su extensión, pueden ser corregidas por la aceptación de conocimientos científicos, como por descripciones. No cabe duda de que tal influencia no es comprobable en detalle, ni que se cruza con diferencias congénitas de aptitud y con el influjo del ambiente; quien se haya dedicado a trabajos científicos, quien haya buscado descripciones y tratado de describir, observará cómo logra la percepción de factores que antes escapaban a su vista; también observará cosas antes inexplicables.

cables para él y comprenderá, desde luego, cómo surgen dudas respecto a muchas cosas que antes le parecían completamente seguras. Más fácil es registrar el influjo del conocimiento científico sobre el entendimiento natural transmitido, puesto que aquí la afinidad es mucho mayor. Cada una de las modalidades de conocimiento expuestas es importante para el educador. Aquí sólo podía tratarse de llamarle la atención sobre las diferencias y relaciones entre estas modalidades, hacerle comprender aquello que ha de buscar en cada uno de los caminos posibles. En cuanto a lo demás, habrá de recurrir a las exposiciones especiales. Aun nos incumbe mostrar la aplicación de estos conocimientos a la educación.

APLICACIÓN DE ESTE CONOCIMIENTO.—Mientras que hasta ahora se ha seguido la norma de dejar a la discreción de los padres o a la casualidad la selección de los alumnos para una profesión determinada o para un grado determinado, impera ahora la tendencia de hacer valer el interés de la totalidad en la selección acertada. Pero esto sólo será posible en la medida en que se pueda comprobar el acierto de la selección. Ahora bien, la prueba mejor y más evidente es indudablemente el progreso más fácil o más difícil en el camino elegido, más para esto hace falta haber emprendido el camino. Los primeros pasos apenas podrán ser decisivos. La primera selección queda por lo tanto siempre a merced de la casualidad. Entre los elegidos de esta forma sólo puede decidir el carácter del éxito, perdiéndose además energía y años de la adolescencia por intentos desacertados. Aun cuando el aumento de entendimiento, experiencia y madurez compensan en parte esa pérdida, esto no sucede siempre, y de todas formas este derroche contraría el sentido económico que predomina en toda obra humana en contraposición con la naturaleza, pródiga y derrochadora en

sus creaciones. Por este motivo se intenta reglamentar la asignación a una instrucción determinada, determinándola por el conocimiento de la peculiaridad. Ya que todos estos esfuerzos están aún en sus comienzos ha de aconsejarse no confiar demasiado en sus resultados; pero tanta más importancia tiene la continuación activa y universal de los ensayos.

Para una profesión determinada y para determinado nivel de educación se pueden clasificar las tareas por el conocimiento de la aptitud. Quien quiere dedicarse a una profesión sólo conoce de una manera muy somera, en la mayoría de los casos, las condiciones que exige. Aquí interviene una orientación profesional organizada cuyo origen es americano. Mientras que al principio se pensaba más bien en instruir sobre las perspectivas económicas de cada ramo profesional, fué agregándose luego cada vez más la idea de despertar la comprensión de aquellas condiciones que son necesarias para cada profesión. Hace falta para ello un detenido análisis del trabajo profesional y de sus requisitos. En cuanto se trata de asesoramiento se requiere al que lo pide que se examine a sí mismo sobre si reúne estas condiciones. En este examen puede ayudársele formulando preguntas exactas y, sobre todo, llamándole la atención sobre las características observables en las condiciones generales, pero mejor todavía por un examen experimental de sus aptitudes. Este examen será aún más importante allí donde hay que llegar a una decisión obligatoria para cuantos han de ser admitidos como aspirantes. Durante la guerra se han realizado en gran escala exámenes de esta índole respecto a chóferes y aviadores. Es evidente que tales exámenes podrán realizarse con facilidad tanto mayor cuanto más unilaterales y pronunciadas sean las aptitudes determinadas que exija una actividad. Respecto al trabajo de un agricultor, un comerciante o un jurisconsulto no podrán fijarse tan concretamente como para

un mecanógrafo, un tipógrafo o un dentista. Sin embargo, pueden indicarse casi para todas las profesiones por lo menos algunas de las aptitudes necesarias y algunas de las condiciones que conducen al fracaso. Es cierto que la inclinación y la voluntad pueden nivelar muchos defectos, pero no se aspira a imponer a los individuos determinadas actitudes contra su voluntad, sino sólo se quiere descubrirles su intención y proceder allí donde hace falta una selección entre los dispuestos. No cabe duda que existen obstáculos que no pueden vencerse por buena que sea la voluntad. En tal caso será necesario poner en comunicación estrecha al magisterio con la orientación profesional, a fin de que comunique a ésta las experiencias hechas con los niños y para que en lo posible se pueda indicar ya a éstos la profesión adecuada para ellos. Este es sólo un aspecto del asunto, pues se considera la profesión como dada, preguntándose si en cada caso existe la aptitud necesaria para la misma. La misma importancia tiene el examen de las condiciones de un joven para averiguar entonces la profesión adecuada para él.

Frente a la afirmación de que todas las dotes son dotes especiales, la ciencia ha sostenido la probabilidad que existe una aptitud general que se denomina altura intelectual. En la práctica, la inteligencia está caracterizada suficientemente como capacidad para encontrar y comprender factores nuevos, para acomodarse a circunstancias alteradas y para hacer combinaciones. Se puede clasificar también las profesiones por las exigencias que hacen a esta inteligencia general, pero hay que tener en cuenta que una inteligencia más elevada que la exigida encuentra en casi todas las profesiones, oportunidad de actuar. En el lado práctico es actualmente más importante adaptar el nivel de instrucción a la inteligencia. Primeramente se han establecido métodos de examen para inteligencias que

no llegan al nivel normal, pero después, a partir de la guerra, se han elaborado también métodos para comprobar, independientemente de los trabajos escolares y del saber mnemotécnico, la inteligencia supranormal. Incumbe al educador dedicar a estos esfuerzos la mayor atención.

Si en la individualización del objetivo el conocimiento científico está en condiciones de intervenir como factor determinante inmediato, no habrá de faltar completamente una intervención parecida en la *individualización de los medios*, pero nunca llegará a tener la importancia que el conocimiento ampliado tiene por la educación del educador. Todo educador y maestro ha de mirar dos aspectos: de un lado, el objetivo de su actividad; del otro lado, el alumno sobre quien ha de actuar. Ya sabemos que ambos factores no son independientes uno de otro, que en su adaptación recíproca consiste la esencia del ritmo moderado que ha de observar todo educador en todo momento. Ahora bien, el educador, y especialmente el maestro, están orientados necesariamente primero hacia el objeto y el objetivo. Así tiene tanta más importancia que adquiera la capacidad de observar accidental y semiconscientemente el modo de reaccionar del alumno y de elevarlo a la conciencia y comprenderlo claramente.

Hay que distinguir aquí dos casos principales, según que el educador se vea frente a un individuo o a una multitud. Todo educador ha de dominar el trato individual; aun el maestro de sección ha de buscar la ocasión de ejercer influencia individual sobre sus alumnos. Si un educador tiene ante sí a un educando, se adapta inmediatamente a su individualidad, supuesto sólo que mantenga con él contacto vivo. Ha de dominar aquí el conocimiento inmediato de la peculiaridad ajena, y es necesario lograrlo. Este solamente puede ser apoyado, pero no sustituido, por la reflexión sobre esta peculiaridad y así también por el conocimiento trans-

mitido y científico de cualquier índole. El alcance del entendimiento es ampliado especialmente por el conocimiento de descripciones de individuos en estado de formación, como sucede, por ejemplo, en las autobiografías. Caso de no poderse lograr la inteligencia inmediata entre el educando y el educador, entonces no son compatibles. Pero también puede darse el caso de que exista en general una inteligencia inmediata, que fracasa cuando se trata de misiones determinadas. Entonces hay que cambiar el método, es decir, investigar la peculiaridad mediante la experimentación de vías diferentes y la observación del trabajo realizado y de la conducta. Esto constituye un factor extracientífico, mientras sólo se realizan pruebas y solamente se intenta encontrar el medio adecuado para cada caso particular. De esta manera puede lograrse elevar a un niño que al parecer muestra indiferencia para lo elevado más allá de sí mismo, ofreciéndole la materia adecuada en tal forma que no provoque la resistencia pasiva de su aspiración a la independencia. Allí donde la ciencia suministra los medios, han de reducirse estos períodos de prueba. En cuanto yo conozca el tipo del educando en cualquier terreno, puedo adaptar a él mis medios. Esto tiene especial importancia, si la conducta del alumno se diferencia esencialmente de la del educador; si, por ejemplo, el educador posee una atención que le permite abarcar mucho a la vez, mientras que el alumno sólo puede poner atención reduciendo mucho el objeto a observar, o cuando un maestro de tipo visual se encuentra frente a un alumno de tipo motor. Es precisamente en estos casos en los que se necesita el saber, para conocer y vencer la propia parcialidad. Y viene a ser más necesario todavía en casos patológicos, que ha de reconocer todo educador, aunque no haya de ocuparse de ellos continuamente, para facilitarles a tiempo el tratamiento adecuado.

La exposición de doctrinas a una masa supone siempre una siembra a ciegas. Ahora bien, en la educación propiamente dicha nunca existe el caso extremo de una multitud desconocida. Aun el maestro que enseña a una clase amplia conoce a sus alumnos a quienes ha de juzgar individualmente, por lo menos con respecto a sus trabajos. Pero sabe, precisamente porque los conoce con exactitud, que con el mismo método de enseñanza que ya aburre a algunos, no logra ser entendido por otros. Se pueden eliminar las mayores diferencias del nivel social intelectual por la clasificación según grados de aptitud, a que se ha aspirado frecuentemente. Un cierto margen de tolerancia tiene sus grandes ventajas, porque de esta manera los individuos llegan a conocer la medida y la condición de sus energías. Es imposible separar a los niños según tipos cualitativos, como ya se ha propuesto. Las diferencias son demasiado múltiples y se entrecruzan de manera distinta. En cuanto a lo demás, no sería de desear tal separación, aunque fuese realizable, por el estrechamiento del horizonte, la pérdida del conocimiento de los demás y, por consiguiente, también de autoconocimiento. Hay que idear, por consiguiente, medios para variar individualmente la influencia aun cuando se esté frente a una multitud. Así se pueden repartir los papeles al aprender una materia, haciendo servir en cada caso de guía a los mejor dotados para un aspecto de ella. Hay que evitar la caída en una esquematización, tomando a los alumnos como seres variables y no como figuras rígidas, planteando de vez en cuando un problema un poco más difícil al menos capacitado para probarle y estimularle, sometiendo a dura prueba a un alumno mejor dotado con el fin de que no se duerma. Mientras que para esto bastarán generalmente las clases naturales de conocimiento y tacto natural, necesitará el maestro el conocimiento científico de los distintos tipos de la con-

cepción, de la atención, de la asimilación, etc., para poder modificar sus medios de tal suerte que cada tipo encuentre lo adecuado a él. Ante todo ha de conocer su propia unilateralidad y saber que lo natural para él en manera alguna es natural para todos. Ofrece especiales dificultades la individualización de la influencia moral, del testimonio y del castigo; repugna al sentimiento justiciero de los niños que reclama igualdad en el trato. Un educador, por lo demás venerado, puede lograr hacerles comprender, sin embargo, que no es lo mismo que dos hagan o sufran igualmente. Será aún más importante elevar la comunidad educadora de mera masa a un conjunto organizado de relaciones morales. Pueden educarse para el sentido de responsabilidad y consideración a los individuos dotados de energía, confiándoles la dirección y la protección de los más débiles. Jamás debería olvidarse en las quejas sobre la violentación de la individualidad por la educación en masa, qué ocasión ofrece la vida en una multitud para prepararse, mediante la observación y la acción, para la vida social ulterior.

La adaptación de los fines y de los medios a la individualidad plantea al educador misiones supremas. Repetidas veces hemos hecho observar que la atención y el conocimiento científico han de ser eficaces especialmente por la circunstancia de que adiestran al educador. Así nos vemos inducidos automáticamente a colocar su persona en el centro de nuestro estudio.

JONAS COHN

INFORMACIÓN PSICOLÓGICA

DOS LIBROS DE NIÑOS

Se habla siempre de los derechos del hombre. Pero se olvida demasiado que el hombre, antes de ser tal, es niño; que los pensamientos, el cotidiano

sentir, las impresiones recibidas, van formando la vida misma; y que la personalidad es el encadenamiento de un ritmo vital que no se interrumpe jamás. Investigaciones biológicas recientes, experiencias psico-pedagógicas realizadas en Alemania, Bélgica, Francia, Estados Unidos y, sobre todo, en Rusia, donde la vida psíquica del niño interesa tanto como su desarrollo físico, nos permiten afirmar la gran importancia de las impresiones y reacciones pueriles, en el desarrollo de las facultades intelectuales y espirituales del adulto.

Hasta hace cincuenta años, aparte de algunos grandes educadores tales como Rabelais, Rousseau y Pestalozzi, ningún escritor se propuso como problema esencial el análisis del alma infantil. Desde hace medio siglo, y cada vez más, el niño va adquiriendo a los ojos de los educadores, biólogos y novelistas, su verdadero valor. En literatura se le considera no como elemento episódico, sino como un personaje psicológico de alto valor espiritual, cuyo estudio interesa por la riqueza de vida que encierra y como principio para ahondar en la compleja vida del hombre.

En todos los países, en todas las literaturas, escritores de fina sensibilidad y de profunda visión humana, han tratado de penetrar en el alma llena de sorpresas del niño, muchas veces dolorida por incomprendimientos imperdonables y restricciones bárbaras.

Se habla de la felicidad fácil de los niños y, con egoísmo de grandes que han olvidado, y sin el gran amor por ellos que implicaría el conocimiento de su corazón, queremos hacer de su vida, que debía ser libre, iluminada con ilusiones siempre renovadas, un pobre remedo de nuestra fatigosa vida, llena de pequeños problemas. Olvidando que cada edad tiene exigencias y compensaciones propias, medimos su interés por nuestro interés y casi siempre nos equivocamos. Por eso me parece que hay una sabiduría infinita del alma del niño, ávida de ex-

pansiones, segura y clara de alegría, en la voz del obispo que nos pinta Miró, cuando dice: «¡Dejadle que grite; que en su casa no juegal», el día que un clérigo del palacio de Olesa le impone silencio al pequeño Pablo. Es que el obispo sabe que la atención del padre y de la tía paralizan la vida del niño con el frío de sus miradas, siempre vigilantes.

Creo en la profundidad de las impresiones y sentimientos en la infancia, y creo también que son capaces de perdurar a través de toda la vida. Un dolor o una alegría de niño pueden significar el tono perdurable de un carácter, condicionar la visión futura del vivir.

Renard, de cuyo libro me ocuparé en seguida, no puede librarse nunca de su niñez dolorida. Su boca y su corazón conservan siempre el amargor áspero de la alfalfa que come con honesta ingenuidad, cuando Félix, su hermano mayor, engañándole, le apuesta que no es capaz de alimentarse de pasto, como él. En la última página del diario de Jules Renard, escrita poco antes de su muerte, aparece un punzante recuerdo infantil: «Quiero levantarme esta noche. Pesadez. Una pierna cuelga fuera de la cama. Después, un hilillo corre a lo largo de mi pierna. Es preciso que llegue al talón para que me decida. Se secará en las sábanas como cuando yo era Poil de Carotte».

A través de toda la vida de *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, tan rica en episodios, tan henchida, palpita el dolor que es el resultado del desequilibrio entre el alma fina del niño y la realidad de su vida diaria. La madre es buena, pero las necesidades económicas la obligan a trabajar para los ricos a los que Juan Cristóbal tiene que respetar aunque le ofendan. Con necesidad infinita de almas grandes que ambienten su vida, cree en su padre hasta que lo ve miserable borracho... Su mundo moral que había poblado de héroes y de justos, se

derrumba. Y si la vida de Juan Cristóbal se abre en un aspirar de armonía es porque encuentra a Hassler, el músico, que al estrecharlo en sus brazos, le muestra el camino de belleza que Juan Cristóbal emprende con todo el ardor de su corazón apasionado.

Cuando en *La novela de mi amigo* de Gabriel Miró, Federico, para morir, va entrándose en el mar, blanco de luna, al llegarle el agua a la boca grita: «¡Lucita, Lucita, Luci...!» Y yo siento que hay en el grito de dolor próximo por la hija muerta, la escondida, nunca olvidada, cada vez más vivida angustia que se le clavó en el alma, en el momento en que la muerte trágica de la pequeña hermanita le dió a él, un niño, dolor de hombre.

David Copperfield, Lázaro de Tormes, el Adrián de Istrati, el Thioma niño de *La primavera de la vida*, de Garín, los niños de John Dos Passos, de Pereda, el Poquita Cosa de Daudet, todos sienten en su vida de hombres, el vivir dulce o amargo, de sus primeros años.

Me ocuparé hoy de dos libros de niños: *Zanahoria*, de Jules Renard y *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain, dos vidas de niños en dos mundos distintos: en la vieja, opaca, clase media francesa de provincia y en la joven vida americana.

Poil de Carotte, de Jules Renard, es un pequeño libro por el que desfilan momentos de la vida de un niño, sus impresiones, sus sentimientos, la vida que se mueve a su alrededor, en pequeños cuadros, en algunas cartas al padre que hablan de la vida en el colegio y en notas que titula «el álbum de Zanahoria».

Zanahoria—a fuerza de llamarlo así se les ha olvidado su verdadero nombre—es el hijo más pequeño de la familia Lepic. El padre obligado a viajar casi constantemente por sus negocios, está en la casa poco tiempo. Es un hombre serio, de pocas palabras, que quiere a sus hijos, aunque rara vez

lo demuestra, que se despreocupa de ellos, y cuya vida de hogar está rota porque nada lo une a su mujer. La madre, madame Lepic, es una mujer malvada sin atenuantes. Su figura está pintada con realidad fría, que habla de la impresión producida en el hijo. Completan la familia: Ernestina, la hermana, un carácter neutro; Félix, el hermano mayor, consentido y egoísta; y Zanahoria.

El problema del libro de Renard, sin él proponérselo, pues no hace sino presentar escenas de la vida del niño, con hondura y sencillez de cosa vivida, es el del hijo-niño, frente a la madre, incapaz de comprender los matices del alma de su hijo y empeñada en acomodar la vida del niño a su propio vivir. Madame Lepic, que no tiene el conocimiento del alma de su hijo porque no lo ama, turba todas sus alegrías, pone trabas a su natural desarrollo, le tuerce inclinaciones, y así la vida de Zanahoria se estrecha en un constante limitarse, acomodarse. Por eso, *Poil de Carotte* es un libro amargo. Duele el alma y se inquieta la sangre. Y toda la frescura infantil, llena de recursos de Zanahoria, no alcanza a poner una chispa de alegría en toda esa red de imposiciones, de presiones monstruosas que se ciernen sobre la criatura robándole espontaneidad y que se iluminan en esta frase de desesperada resignación: "¡No todos pueden ser huérfanos!"

Si Charles Louis Philippe hace de su libro *La madre y el niño*, un canto sereno, radiante, al amor que le ha inspirado su madre, es porque ella supo llenar su propio espíritu, del espíritu infantil de su hijo, y porque fué para él, la más fuerte, la que sabía más, la siempre dulce y buena amiga en quien se podía confiar.

Gabriel Miró en *La novela de mi amigo*, hace decir a Federico: "Dígame usted cuando he sido yo chico! Si vuelvo la mirada melancólicamente a la niñez es porque tenía madre!... Es eso, y nada más que eso ser niño: tener padres; ser completamente

hijo". Y en otra parte: "Mi madre era dulce y triste como una descendiente de reyes en la miseria, y nunca se mitigó lamentando, ni empañó las alegrías ajenas con el plañido de sus aficciones".

El pobre Zanahoria no pudo ser verdaderamente niño, porque nunca sintió la presencia amiga, la comprensión ancha de la madre. Si no la hubiera conocido, si se hubiera despreocupado de él, Zanahoria pudo haber soñado con ella y ser feliz. Pero Mme. Lepic era una realidad dolorosa, que pesó aún sobre la vida del hombre de Poil de Carotte. Ella supo encontrar siempre, lo que más molestaba o dolía a su hijo para dárselo diariamente en pequeñas dosis, que llenaron su alma de odio terrible hacia la madre.

Le impone gustos. Poil de Carotte no come queso, porque su madre no quiere; no bebe agua porque un día dice que no tiene sed, y desde entonces se les olvida ponerle el vaso. Al hermano le dan tortas y dulces como merienda y a él pan seco, y a veces duro, porque un día queriendo ser grande, dijo que no era goloso. Chupa la pulpa en las cáscaras del melón destinadas a sus conejos, porque en la mesa no alcanza para él, y la madre asegura que como a ella, a Zanahoria no le gusta el melón.

Se ha decidido en familia que Zanahoria tiene dureza de corazón y se le encomienda rematar las perdices que el señor Lepic trae, y que no han acabado de morir. El corazón del niño se estrecha, se acongoja, y para acabar antes las toma de a dos, las hace girar, las golpea... ¡cómo cuesta hacerlas morir!

Más tarde, por su propia iniciativa, matará un topo, y un día lo encuentran sin sentido, estrechando con los dos brazos a su cuerpo afiebrado, el cadáver de un gato al que amorosamente había dado antes de matarlo, su último tazón de leche...

Los niños juegan en el jardín. Zanahoria recibe de su hermano un azadonazo en mitad de la

frente. Y al que se atiende es a Félix, que se ha desmayado al ver la sangre. Cuando vuelve en sí, tranquilizada toda la familia, la madre le dice a Zanahoria que tiene por sobre el trapo blanco con que le han vendado la cabeza, la mancha roja de su herida: "Siempre has de ser el mismo. ¡Ya podías tener cuidado, papanatas!"

La puerta del gallinero ha quedado abierta. Es noche negra. Alrededor de la lámpara los hermanos leen y Zanahoria, debajo de la mesa, hace como si jugara. La madre, después de dos tentativas inútiles para que los niños mayores vayan a cerrarla, se acuerda de Zanahoria. Y cuando él, tímidamente dice: "¡Pero mamá, si yo también tengo miedo!" le ponen trampas, le hacen elogios, le hablan de su valor, y Zanahoria que anhela ser tenido en cuenta, que no quiere defraudar a su familia, orgulloso, se hunde en la noche.

Desde entonces, siempre que hay algo inquietante afuera, el que va es Zanahoria. Pero ya que nadie lo defiende de su miedo, él busca una manera, su honestidad natural se quiebra y hace trampa. Dando a su familia por medio de ruidos y de pasos estudiados, la ilusión de que sale de la casa y ronda por los alrededores se queda junto a la puerta, agazapado. Puede que alguna vez lo descubran, pero mientras tanto, según su propia reflexión, "gana tiempo".

Su cuarto es frío, desnudo, solo. En cuanto se mete en la cama la señora Lepic le empuja las cobijas, apaga la luz y lo encierra con llave. La mayoría de nosotros, aunque lo hayamos olvidado, ha gustado alguna vez, el placer de dormir abrazado a la madre. Zanahoria odia a los amigos de la casa que le obligan a dormir con madame Lepic. Es que el niño, de noche, ronca y ella para despertarlo le hunde las uñas hasta hacerle sangre. Zanahoria, roto su sueño con brusquedad dolorosa, grita. Y cuando el padre que duerme en la otra cama le pre-

gunta qué le pasa, la madre responde: "Tiene la pesadilla".

Si físicamente los dolores son muchos en la pobre vida de Zanahoria, moralmente vive en una angustiosa confusión. Sus mejores cualidades: su orgullo, su honestidad, la generosidad con que respeta los gustos de los demás, el deseo de expresar sus propias opiniones, son aprovechadas por la madre y por la familia para molestarlo, cercarlo, haciéndole sentir la amargura de su niñez, obligándolo a encerrarse en sí mismo, cambiando su interés por las cosas en indiferencia, su impulso de querer y ser querido en un anhelo constante de ternura que le hacen exclamar en un desesperado abandono de sí mismo: "A mi nadie me querrá nunca!"

Zanahoria, acostumbrado a que lo priven de lo que más quiere, contiene su alegría cuando sus hermanos cansados de jugar le prestan sus juguetes. Frente a los regalos nunca es espontáneo, sencillo, infantil. El padre trae juguetes para sus hijos. Zanahoria espera turno. Ha querido siempre una trompeta, pero si en el momento de poseerla pide una pistola, porque sí, porque ha oído decir que a los niños como él, le deben gustar las pistolas, el padre se extraña y se desconcierta un poco. Estaba seguro de haber acertado... Zanahoria con el corazón henchido, le explica que fué una broma, que se la dé y verá como le gusta soplar. Pero madame Lepic interviene y la trompeta de borlas encarnadas espera en lo alto de un armario, mientras Zanahoria, acostumbrado ya a estas cosas, mastica su amargura pacientemente.

Con la experiencia del castigo corporal diariamente repetido, no huye nunca. Frente a la vara o a la mano fuerte de la señora Lepic, se para erguido, tembloroso, casi febril, pero sin lágrimas. Su resignación es tan grande, que un día, con manse dumbre que subleva y duele como herida abierta, ofrece voluntariamente la mejilla a su madre, que

mientras lo castiga furiosa, le augura una vida de crímenes. Otro día, generosamente perdonado por su madre que se clava un anzuelo al pasarle la mano por la espalda, no comprende y llora, llora desesperadamente su arrepentimiento, con el íntimo temor del castigo al que está tan acostumbrado.

Indiferente a todos los que lo rodean, el amargor de su soledad se ahonda en Zanahoria día tras día, y nace en él un deseo grande de sentirse unido a la familia y, sobre todo, a la madre. Espía, espera y de pronto el momento llega. Honorina, la criada, es ya muy vieja. Madame Lepic, egoísta y cada vez más mezquina quiere deshacerse de ella. Le habla de su vejez, de sus ojos que se apagan, de la muerte fría que se acerca y que la sorprenderá algún día en medio de su trabajo. Honorina se defiende. Se siente fuerte. Su vista es aguda, su pulso firme. Pero el ama, con astucia, le hace prometer que, cuando ella se de cuenta de que es inútil y que ni siquiera es capaz de poner a calentar la caldera a la lumbre, se irá por sí misma, tranquila y silenciosamente. Se refiere a la caldera que cuelga de la chimenea desde la mañana hasta la noche, invierno y verano. Cuando deja de silbar, Honorina sabe que el agua se ha consumido, y sin mirarla, pues sabe su lugar exacto, le echa un cubo de agua. Esto lo ha hecho siempre, años y años y no ha errado nunca. Pero hoy, por primera vez, el agua cae sobre el fuego, levantando una nube de ceniza caliente. Sin pensar en Honorina que ha sido cariñosa con él, sin esperar recompensa, pues harto conoce a la señora Lepic, con el único deseo de ser útil a su madre, Zanahoria ha retirado la caldera. Y cuando Honorina, que no comprende, se va, Zanahoria, envuelto en una ola de arrepentimiento y pesadumbre, va a gritar: "Honorina, he sido yo". Pero la mirada fría de la madre, que ha comprendido, lo inmoviliza.

Los días se suceden así en un amargo sumarse

de hechos menudos que van desvirtuando el carácter de Zanahoria, ahogando sus mejores impulsos, debilitándolo, acobardándolo... Se siente tan solo, tan desventurado, pobre y sin remedio, que un día intenta suicidarse abandonando su rojiza cabeza dentro de un cubo de agua.

Pero llega un momento en que su alma se abre en un seguro afirmarse en sí mismo y, frente a la madre que manda, Zanahoria, sereno, firme, con un poco de extrañeza, no obedece. La sorpresa de la madre no tiene límites. La familia se alborota; Félix asiste al rebelarse de su hermano como a una fiesta, y una consideración naciente se superpone al desprecio que ha sentido por él hasta ese momento. Ernestina, temiendo lo que puede significar tal actitud para Zanahoria, suavemente, quiere hacerlo entrar en razón. Y frente al padre que no tiene ningún interés en intervenir, la seguridad de Zanahoria se debilita; pero firme aún, explica que si él lo pide, hará lo que le mandan, pero no lo hará nunca por su madre. Y por la noche, caminando por la carretera vieja al lado de su padre que lo ha invitado, el corazón angustiado de Zanahoria se desflora y el desamor hacia su madre le sube a la boca en esta frase: "Lo confieso: no quiero a mamá". Y luego: "¿Qué suerte ha de ser comparable a la mía? Tengo madre y esa madre no me quiere y yo no la quiero". Pide al padre que los dos meses de vacaciones que pasa en la casa pueda quedarse en el colegio; que lo aleje de la madre aunque tenga que aprender un oficio, trabajar, dejar de estudiar. Es que Zanahoria ha sentido el placer que su madre goza al fastidiarlo. Y cuando al padre, impaciente, se le escapa: "Y yo, ¿te figuras que la quiero?", con la alegría secreta de tener quien comparta su mismo sentir; le corre por el cuerpo el dolor amargo de la estrechez de la vida que le ofrecen y a la que no puede escapar.

Esta es la vida de Zanahoria. En el libro todo

es sencillo, claro, sin asomo de tragedia. Zanahoria, feo, flaco, desgarrado, con su cara manchada, el pelo amarillo, su aire indiferente, es un niño como los demás. Nadie sospecha la vida que soporta. Su dolor es íntimo, solitario. No llora, no se queja. Hablando con Matilde, su novia infantil, delante de la que ha sido castigado sin motivo por jugar los dos, coronados de flores silvestres, a que se casaban, disimula su pena, olvida los golpes y le enseña que no se dice "mamá me pega"; sino "mamá me corrige", como si se tratara de un ejercicio escrito".

Este es Zanahoria, un pobre niño ahogado, por los convencionalismos de una vida cansada y obligado a usar su ingenio y su natural frescura interior, en dar a los otros y a sí mismo la ilusión de una vida menos estrecha, menos áspera, más feliz.

Jules Renard escribió su *Poil de Carotte* hacia 1894. En él volcó la experiencia amarga de su niñez dolorida, que llevó siempre consigo. Diez y ocho años antes, de este otro lado del mar, Mark Twain publicaba su *Tom Sawyer*, deliciosamente fresco, alegre, sano.

El espíritu irónico, agudamente crítico de Mark Twain, se dulcifica y florece en nuevas ternuras y se hace niño, sintiendo de nuevo con Tom, con Joe Harper, con Huckleberry Finn, con Becky Thatcher, con Mary, con Sid, la infancia tierna, libre, plena, en un ambiente claro, sin trabas, de un pueblo que apenas nace, que es un poco niño también.

Mark Twain revive en *La vida en el Mississipi*, en *Las aventuras de Tom Sawyer* y en *Huckleberry Finn* sus vagabundeos de niño a orillas del gran río, con profunda y genuina emoción. Henderson dice que Tom Sawyer es uno de los muchachos más completos de la novela moderna y Huckleberry Finn, el modelo del pícaro norteamericano.

Las aventuras de Tom Sawyer aparece en 1876. El autor sitúa la acción hacia 1830, en el oeste americano. En un pequeño prefacio, nos habla de la

verdad de las aventuras que cuenta, algunas de las cuales le ocurrieron a él mismo y otras a sus compañeros de escuela; Huck Finn es real; Tom Sawyer está, según él, compuesto con el carácter de tres niños diferentes. Nosotros podemos asegurar por nuestra parte, que el vivir de Tom, de Huck, de la tía Polly, del juez Thatcher, de mister Walters, el superintendente de la escuela dominical, y de todos los demás personajes que ambientan la vida de Tom, nos impresionan con acento de vida que fluye natural y espontánea.

Es una mañana luminosa de verano. En el pequeño pueblo de San Petersburgo, junto al Missisipi, el aire es claro, aromado de acacias; zumban las abejas, ríen los niños, trabajan apaciblemente hombres y mujeres. Se oye una voz profunda que canta una canción de negros. La canción se acerca, se agranda, vibra un momento, y se aleja, se aleja, hasta perderse en el río. Sobre el azul del cielo verdea el monte Cardiff. En esta mañana en que todos están libres y contentos, un niño blanquea con desgano la tapia del frente de su casa, lleno de pesadumbre el corazón. Siente sobre sí, la tristeza de un día de sol perdido para sus juegos. Piensa en la manera de escapar a su trabajo. Y el aburrimiento crece, crece... Pero de pronto, su imaginación constructora de tantos sueños, le da el remedio: empieza a trabajar y su boca sonríe y la mano se afirma en un rápido ir y venir de la brocha. Pone en su trabajo pasión de juego y su entusiasmo se extiende al círculo de sus amigos que, con ánimo de burlarse, habían llegado hasta él. Todos quieren blanquear, todos quieren demostrar que pueden hacerlo. Y él cambia entonces su trabajo por una serie de pequeños tesoros: una manzana, un trompo, una vieja llave, una tiza, un soldado de plomo... Este imaginativo que es capaz de hacer de su aburrimiento y de su desolación una

cosa tan hermosa como es el trabajo alegre, es Thomas Sawyer.

Tom es huérfano. Pero tiene a su tía Polly que sufre cuando el niño hace una diablura, más que por la falta, porque tiene que corregirla, y que siente por su sobrino el amor agrandado que sintió por su hermana. Bajo la hojarasca de su alegría traviesa. Tom profesa a su tía un hondo y seguro amor. La sabe generosa, buena, llena de dulzura. Cuando Jim, el muchacho negro, le habla de ella con temor, Tom responde: "¿Ella?... Nunca pega a nadie. Da capirotaos con el dedal, y eso ¿a quién le importa? Amenaza mucho, pero aunque hable no hace daño, al menos que se ponga a llorar..." El cariño que siente por ella, se mantiene a través de todas las páginas del libro aún en medio de las más apasionantes aventuras. Cuando Tom es "El tenebroso vengador de la América española", pirata en la isla de Jackson, tres millas aguas abajo de su pueblo, resuelto a no volver a su casa jamás, junto con Joe Harper, "El terror de los mares" desilusionado también de su madre que lo ha castigado por comerse el dulce, y Huck Finn, "El manos rojas", hay en ellos, en medio de esa vida libre que sienten como la mejor, un ribete de pena por los que dejan en el pueblo, una nostalgia del hogar que, agrandándose, se hace insoportable. Y Tom, una noche, vuelve al pueblo donde los creen ahogados, por amor a su tía. Cruza el río a nado y hace parte del camino escondido en un bote; corre por las callejuelas, llega a su casa. Lleva en el bolsillo una corteza de sicomoro en la que ha escrito que se han hecho piratas. Y empequeñecido debajo de la cama de su tía, hasta donde ha conseguido llegar, Tom siente que se le rompe el corazón; la madre de Joe, Mary y Sid, junto a la cama de la tía Polly, hablan entre sollozos, de sus queridos niños desaparecidos. El domingo serán los funerales, oye Tom; y siente, junto con una gran lástima hacia sí mismo, muerto,

el inefable contento de saberse bien amado. Y antes de volver a su isla, mira dormir a su tía apenada y la besa amorosamente, con piedad y cariño infinitos. Lo sacude un deseo punzante de despertarla, de mostrarse a ella vivo; va a dejar el mensaje, pero la novedad tentadora de asistir a sus propios funerales y el orgullo de aparecer en la iglesia, con gran espectáculo, en el momento de mayor emoción, lo detiene.

Cuando Zanahoria intenta suicidarse lo hace por despego hacia las cosas y no siente nunca que alguien se apenará por él. Tom, frente a una injusticia de la tía Polly, mil veces arrepentida, o al desamor de Becky, piensa en la muerte casi con alegría, y gozando el placer de sentirse llorado, extrañado, deseado. "¡Ah, si pudiera morir por unos días!"

El amor que inspira y el que él pone en todas las cosas, el orgullo, la confianza en sí mismo, van moldeando el carácter de Tom, que es el centro alrededor del cual se mueve con compás de vida ascendente, todo el pueblo. Y surgen las figuras de los niños, las mujeres y los hombres con perfiles definidos. Joe, el gran amigo de Masin, Huck Finn, solo, libre, vagabundo, dispuesto a compartir todas las aventuras; a veces dolorido porque lo creen malo, pero envidiado por los niños desde que todo el tiempo es suyo, y porque nadie lo obliga a nada; Becky Thatcher, rubia, menuda, tan niña; Sid, el hermanastro de Tom, estudioso, demasiado tranquilo, un poco incomprensivo; Mary, alegre, juiciosa, buena; Muff Potter, siempre borracho, bueno con los niños a quienes compone los aparejos de pescar, los barriletes; Joe el indio mestizo, taimado, rencoroso; Mr. Walters, el superintendente de la escuela dominical, flaco, con su gran cuello almidonado, tan reverente con los lugares religiosos que, aun sin darse cuenta, usa una entonación distinta en la escuela y en la calle; Mr. Dobbins, el maestro severo, con un gran deseo que su pobreza no le ha permitido rea-

lizar: el de ser médico, y que lee a hurtadillas un gran libro misterioso: una anatomía; la tía Polly, comprensiva, cariñosa, siempre preocupada por sus niños; la madre de Joe y toda la demás gente del pueblo que, aunque parezca indiferente, es capaz de angustiarse con la idea de los niños ahogados, buscar incansablemente a Tom y a Becky perdidos en las profundidades de la cueva de Mac Dougal, vibrar de emoción húmeda de lágrimas, cuando los encuentran, estremecerse con el crimen del cementerio, alegrarse cuando Huck y Tom encuentran el tesoro, y poner cada uno un calor de vida propia en la vida de los demás.

Las aventuras de Tom son muchas; son muchas porque él no espera que se presenten: va a buscarlas. El amor a la acción, al movimiento, es la base firme del carácter de Tom. Su cerebro imagina, sueña, planea; sus manos, su cuerpo, todo él es un continuo hacer. Hablando con Becky, su pequeña novia, hace el elogio del circo, brillantes los ojos, alegre el corazón: "En el circo siempre está pasando algo", dice. Si la escuela y la iglesia lo aburren, es porque el sermón o las lecciones del maestro, no alcanzan a colmar esta sed de cosas siempre nuevas. Y el niño se revuelve en su asiento, molesta a los compañeros, no atiende, no aprende. Se escapa y, libre, fuerte, va a nadar, juega a Robin Hood, sueña con ser pirata, bandido, siempre generoso con los pobres y con las mujeres, duro con los hombres ricos. Piensa en descubrir tesoros, en ser héroe de mil novelas, sueña, sueña y, de pronto, la realidad, toma la forma de su sueño.

Tom y Huck van al cementerio a media noche. Arrastran un gato muerto. Van a hacer un conjuro para curar las verrugas. Junto a la tumba de un hombre malo, esperan, un poco arrepentidos de su temeridad, a los demonios. Pero llegan hombres. Por las voces los reconocen. Son, el joven doctor Robinson, Joe el indio y Muff Potter. vienen a llevarse

un cadáver. Pero los tres hombres discuten y se traban en lucha. Potter cae sin sentido y Joe el indio mata al doctor, cobrándose así una vieja deuda. Vuelto en sí Potter, Joe le hace creer que él es el asesino. Los niños que han visto huyen despavoridos y ya en el pueblo, con el temor que les inspira Joe, rubrican, con su propia sangre, un juramento: guardarán silencio. A la mañana siguiente se descubre el crimen y Joe el indio acusa a Potter. Los niños, que esperan el juicio divino, se miran asombrados sin comprender la terrible injusticia. Desde ese día, y hasta el momento del juicio, una lucha terrible se entabla en el alma de los niños: por un lado, el miedo a Joe, que puebla su sueño de pesadillas; por otro el inocente que va a ser juzgado y que ellos pueden salvar. Con nuevo cariño por Potter, rondan la cárcel, lo visitan, lo ayudan con su amistad, se torturan para no hablar... Pero al fin, el día del juicio, Tom, que es el más resuelto, aunque asustado, dice la verdad. Su honestidad natural y la claridad de su alma libre, triunfan sobre su miedo.

Pensemos en Zanahoria, alma empequeñecida por todas las restricciones, que, frente a Honorina inocente y al temor que le inspira su propia madre, deja que la injusticia, que él mismo ha provocado, se cumpla.

Perdido Tom en los laberintos de la cueva con Becky, después de un día de fiesta junto al río, esconde su miedo para animar a la niña, no come su pan para dárselo a ella y, sin poder quedar quieto, exaltado su corazón animoso por el peligro, busca una salida y la encuentra. Tom es frente a Becky, con toda naturalidad, esforzado, valiente, noble. Viéndola en peligro de ser castigada en la escuela por haber roto una página de la anatomía que con tanto misterio guarda el maestro, no vacila en hacer caer sobre sí la culpa y, con ella, el castigo. Y por la noche, Tom se queda dormido con el recuer-